

La Reforma Universitaria en una ciudad letrada

Gustavo Vallejo

Resumen: Este trabajo busca aportar reflexiones acerca del significado que tiene la Reforma Universitaria como acontecimiento histórico y también como idea que, 90 años después, se proyecta hasta el presente a través de un mito capaz de ser permanentemente reinvocado. Se pretende a su vez echar luz sobre episodios que contribuyeron a afirmar ese mito desde La Plata, a partir del carácter “letrado” que tuvo esta ciudad desde su origen. Asimismo son paralelamente hurgados aspectos que hacen la esencia de la Reforma, en tanto sistema de ejercicio del poder que amplió derechos, pero a la vez demandó fuertes responsabilidades para quienes participaron en él, y confrontados con situaciones que evidencian la utilización del mito como forma de disimular cierto proceso de burocratización y reducción a lo meramente formal de los postulados de 1918.

Abstract: This article is an attempt to approach the concept of the University Reform, not only as a historical event but also as a lasting idea. After 90 years, it is still alive and projected into the present by means of a myth which is constantly recalled. Our aim, in this paper, is to clarify some events which contributed to sustain the myth from La Plata, as learned city. Furthermore, we'll investigate several aspects which are the essence of the University Reform. They include a system of exercise of power which broadened rights, as well as, demanding at the same time, a strong compromise from the participants, and the description of situations where the manipulation of the myth is a way for conceal certain bureaucratic processes which reduce the basic principles of 1918 to simple formalities.

1. La Reforma Universitaria ayer y hoy

Tan significativo como el 90 aniversario del “grito de Córdoba”, es la perduración de la idea de que aquel acontecimiento gestó un modelo de Universidad aun vigente. En este sentido cabe interrogarse por los motivos de semejante validación histórica de un episodio que, por irrefutable, ha contribuido con frecuencia a suplir cierto vacío de ideas nuevas dentro de ámbitos académicos. Con esto quiero decir, la Reforma elevada a la categoría de mito reapropiable bajo cualquier circunstancia y lugar, permitió a muchos universitarios sentirse orgullosos herederos de una tradición muy digna, a condición de alimentar esa misma tradición a través de constantes reinvocaciones que llegaron a operar como elemento supletorio de complementarias acciones esperables desde el mismo espíritu que la generó.

La Reforma Universitaria motivó una fuerte polarización en la escena política y académica nacional, atravesando años de euforia y desencanto, de victorias y persecuciones, hasta instalarse en un indiscutido plano mítico. En el de la constante recreación de un discurso de lo que fue en sus orígenes, o más bien de aquello que contribuye a ratificar lo que desde el presente desearíamos que hubiera sido -poniendo permanentemente en funcionamiento la maquinaria de la “tradicción selectiva” de la que nos habla Raymond Williams-. Así, a la luz del tiempo transcurrido, la perduración de la Reforma como un discurso moderno que paradójicamente canonizó una nueva tradición, es cuanto menos sorprendente: aun hoy parecen no poder evitar recurrir a citas extraídas de un panteón de figuras épicas, militantes universitarios de las más diversas extracciones que, en general, no poseen más que un conocimiento muy vago de ellas, y una asombrosa capacidad para adecuarlas como justificativo de cualquiera de sus actos.

El éxito de la Reforma consistió, más que en la eliminación de los claustros del fundamentalismo -religioso y científico- o del nepotismo, en constituir una entidad discursiva que resistió por años sus embates, y más aún, terminó conformando un credo al que inevitablemente aquellas manifestaciones previas debieron tener que rendir culto en tiempos de libertad para permanecer dentro del sistema universitario. Actualmente ser reformista equivale a asumirse como democrático en el contexto político nacional, con el mismo grado de precisión y con el mismo riesgo de creer que la sola invocación del “Manifiesto Liminar” o de la “Constitución” sirven para exorcizar a la universidad o a la nación del componente elitista y/o autoritario. Si en algún momento el Estado de derecho careció del status en el imaginario colectivo que hoy posee y la autonomía fue considerada una barrera al avance de la voluntad popular en los ámbitos académicos, Democracia y Reforma en cambio parecen ser hoy valores absolutamente integrados a nuestro sentido común ciudadano y universitario. Pero si tan infrecuente como hallar en la sociedad a quienes se asuman como antidemocráticos es encontrar ahora antirreformistas, más difícil aún es reconocer en el “ser reformista” actual, un conjunto homogéneo de prácticas e ideas que no representen verdades dogmáticas o tautológicas.

El activismo reformista tuvo suficiente amplitud para integrar a él a buena parte de la civilidad política argentina, al punto que resulta ímprobo encontrar en una mirada diacrónica ideas precisas que sean falseables en relación a lo que fue y a lo que es la Reforma: en el plano académico podríamos hablar de autonomía, cogobierno, implementación de concursos con periodicidad, cátedra libre, asistencia libre, extensión universitaria con un sentido social.

Pero estas medidas que constituyen en lo fáctico su más exitoso programa identificatorio (no exento de algunas evidentes contradicciones como que la implementación de la reforma sólo pudo llevarse a cabo con la intervención del gobierno nacional en la universidades y la designación de nuevos profesores a partir de ternas o de la cátedra libre, poniendo en cuestión el principio de autonomía y los concursos) (Funes y Caldelari, 1996) deben ser vistas no como un fin en si mismo -de ser así podría demostrarse que el movimiento no era todo lo innovador que comúnmente se cree-¹ sino como el medio para alcanzar el verdadero fin, que era -y esto sí es lo realmente novedoso del movimiento- el prometeano ascenso a niveles decisionales nacionales y latinoamericanos de una nueva generación de jóvenes iconoclastas, tras ser legitimados en el ámbito universitario. (Vallejo, 1999:49).

En este sentido y frente al riesgo de cristalización que corre el movimiento cuando el mito induce a invocar en forma acrítica su pasado recurriendo sólo a lo fáctico o a fragmentos aislados de manifestaciones rupturistas para, incluso, enmarcar discursivamente acciones que en ciertos casos no apuntan más que a asegurar el mantenimiento de un *status quo* vigente, parece oportuno remarcar que precisamente es la irrupción de una forma de prometeanismo moderno, lo que fundamentó el origen del movimiento y en distintos momentos de su existencia lo signó de una notable vitalidad (Vallejo, 1999:50).

Precisamente el surgimiento de la Reforma se explica a partir de un clima de ideas que en torno al '18 favoreció (como en muy pocos momentos de la realidad política y cultural argentina) el desarrollo una actitud contestataria al orden establecido y a la sistemática apelación a la historia como forma de legitimar los espacios ocupados en la sociedad por una prestigiosa y, al mismo tiempo, caduca generación de profesionales, científicos y políticos. De este modo, el mayor aporte de un movimiento que tuvo una enorme diversidad de ideas y objetivos en sus integrantes, reside en rasgos que a menudo pasan por alto muchos reformistas de hoy: una actitud inconformista, decida voluntad de cambio -aún cuando generalmente se desconocía de ellos el carácter que tendrían y hasta donde podrían llegar- y la idea de que la figura "heroica" del joven, imbuida de una formación académica integral, debía asumir un nuevo rol decisivo en la transformación de la sociedad (Biagini, 2000:9-20). Y digo que son

1. La mayor parte de estas ideas ya eran objeto de debate desde la misma creación de la UNLP. El propio Joaquín V. González convocó en 1908 a una Asamblea de Profesores para tratar la incorporación de estudiantes en los Consejos con voz y sin voto -el mismo status que después de la reforma siguió teniendo durante años la representación de ese claustro-, como también la asistencia libre a clase y la Cátedra libre. Además se implementaron Cursos nocturnos para obreros dictados por alumnos del Colegio Nacional que junto a otras acciones fueron englobadas bajo la denominación de Extensión Universitaria.

rasgos que pasan por alto al constatar, por un lado, el verdadero temor con el que a menudo autoridades universitarias “se ven obligadas” a cumplir con los estatutos reformados e integrar jóvenes al cogobierno, derivando de ese temor un movimiento dual de apertura a su participación y clausura de la esfera resolutive, de donde muchas veces queda en claro que para ellos está la posibilidad de participar, no la de decidir. Pero por otro lado aquellos rasgos pasan por alto también cuando los jóvenes aceptan ese papel que se les impone, integran espacios de la burocracia universitaria de manera adaptativa, porque desde el vamos no tienen demasiado qué decir: apostaron en los claustros al pragmatismo político, renunciando al requisito básico del reformista del '18, que era el de “irrupir” en la escena pública con una sólida formación académica integral puesta al servicio de la excelencia universitaria y la transformación social.

Es que la Reforma fue entendida como un espacio público en el más estricto sentido que Arendt le dio a ese concepto asociándolo a una determinada forma de ciudadanía originada en la Antigua Grecia. Lo público, desde esa perspectiva, alude a la instauración de la política como un mecanismo relacional de iguales en un ámbito que desechaba toda posible distinción de acuerdo a la posición que dentro de él ocupara cada individuo y donde las decisiones soberanas del Estado emergían a la vista de todos. El espacio público es así una dimensión superadora de los intereses privados, por proporcionar el lugar para la participación de sus miembros en los principales acontecimientos. La política es allí entendida como el arte de la persuasión, donde “los griegos descubrieron que nuestro mundo común se ve siempre desde un número infinito de posiciones diferentes, a las que corresponden los más diversos puntos de vista” (Arendt, 1998:60). Allí se acudía desinteresadamente a persuadir a los otros y a dejarse persuadir sin que la confrontación en la que se entraba con los otros representara una puja intersubjetiva. El yo y el interés personal encarnado, se sublimaba en una objetivación que no dejaba lugar a la intromisión del espacio privado. El espacio público del ágora, era entonces el lugar de la confrontación de intereses objetivables, punto al que el ciudadano acudía para crearse problemas que no tenía, no para resolver sus propios problemas. No era un espacio de resolución de conflictos sino de creación de los mismos y por ende el sitio para exhibir, a través de estas prácticas, las virtudes imanes del desinterés.

Dentro de esa lógica, los reformistas del '18 imaginaron el cogobierno, no como un sistema de reparto corporativo de poder a través de intrigas o formas más o menos explícitas de coerción para obtener consenso, sino como un espacio para deponer los intereses particulares de cada uno y alcanzar reales objetivos comunes. La instancia de participación

igualitaria en Consejos, entendidos como verdaderos ágoras modernos, canalizaba el propósito de entrar en una interacción fundada en el propósito de persuadir y ser persuadido, donde eran depuestos privilegios, posiciones de clase, rango o cualquier otro valor fundado en la tradición. Pero para que todo esto pudiera plasmarse de acuerdo a su esencia y no sólo a través de las formas, resultó imprescindible asumir fuertes responsabilidades en materia de formación académica. Sólo sobre esa base pudo la Reforma funcionar en los términos en los que fue pensada, en directa relación con una forma de ejercicio del poder, en la que sobrevuela aquel espacio público que desde la Atenas clásica iluminó una particular forma de ciudadanía moderna.

2. La Reforma y su mito

Retomando el concepto planteado inicialmente: la Reforma Universitaria es un mito largamente reapropiado por extendidas tradiciones universitarias. Pero este mito, a diferencia de otros, tiene fechas precisas de conformación y ellas aluden a un hecho en sí –el “grito de Córdoba” y sus consecuencias directas en otras casas de altos estudios-, pero también a la construcción historiográfica que fijó ese mito.

En este sentido voy a referirme a la publicación de la obra, a la que le atribuyo el mérito enorme de haber contribuido a solidificar el mito. Se trata de una verdadera enciclopedia que reunió diversos aportes discursivos sobre las vastas repercusiones que tuvo la Reforma en su una onda expansiva que abarcó distintos países latinoamericanos y llegó - algo languideciente, por cierto- hasta 1940. Fue en ese momento cuando el Centro de Estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de La Plata decidió publicar en 3 voluminosos tomos la obra dirigida por el Ingeniero Gabriel Del Mazo – principal biógrafo de Hipólito Yrigoyen-, bajo el título genérico de *La Reforma Universitaria*. Era ésta una edición muy ampliada de la primera versión que Del Mazo publicó en Buenos Aires entre 1926 y 1927, donde aparecían textos posteriores pero el dato de mayor singularidad lo aportaba los nuevos países integrados a la red reformista en los últimos años: a los iniciales vínculos que los reformistas argentinos pudieron entablar con Uruguay, Paraguay, Perú y México, se agregaban ahora los de Brasil, Ecuador, Puerto Rico, Costa Rica y Venezuela. La obra además asumía, en 1940, el carácter de guía ideológica relanzada para avivar la llama del movimiento en Argentina. El primer tomo se tituló *El movimiento argentino (1918-1940)*, el segundo, *Propagación Americana (1918-1940)* y el tercero,

Ensayos críticos (1918-1940). La obra, que por otra parte contribuyó a establecer una relación directa del radicalismo con la Reforma que hasta entonces había sido sólo secundaria, buscaba enfatizar la trayectoria histórica del movimiento, colocando los acontecimientos iniciados en Córdoba dentro de una homogénea sucesión de acciones desarrolladas en 22 años de lucha. Lo saliente radicaba en un redescubrimiento de la actualidad que tenían los episodios del '18 y la posibilidad de organizar una secuencia histórica recopilando discursos que permitían relanzar un movimiento que, en Argentina, y desde el inicio de la “década infame”, acusaba una notoria declinación. Y en esa articulación entre pasado y presente, que podía hacer revivir una gesta y a la vez trazar un balance histórico de la misma, también quedaron expuestos los materiales apropiables de los que se disponía en 1940 para iniciar la construcción de un proyecto político dirigido a afirmar, desde la Universidad, aquello que era entendido como la “cultura nacional”. Allí radicaba también una actualización del arielismo (Vallejo, 2007:321-331), con sus vectores humanistas y latinoamericanistas que podían quedar expuestos en un mapa de las “Ciudades capitales de la Reforma Universitaria”, el sello gráfico de la obra de Del Mazo que parece en parte anticipar los objetivos irradiados por la famosa “América invertida” del uruguayo Joaquín Torres García (1943) (Vallejo, 2007).

La obra exponía los resultados obtenidos en la gestación de un ideario que conformaba toda una tradición política y cultural, y también la forma en que muchos de los protagonistas de las acciones e ideas descriptas se presentaban como verdaderos guardianes de esa tradición, esto es el modo en que la verdad formularia que allí quedaba encerraba trataba de ser custodiada, protegida contra la contingencia. Vale decir, convergía la exaltación de una tradición que era custodiada, tanto de los protagonistas que se encargaban de evitar que el tiempo histórico afecte esa tradición. Y tenía la función didáctica de involucrar a una nueva generación de “estudiantes americanos” a quienes estaba dirigido un mensaje que, con el espíritu idealista del '18, fluía en la presentación misma: Del Mazo destacaba que se buscaba reforzar en los jóvenes los comportamientos ejemplares porque “los veinte años deciden toda la dignidad de la vida” (Del Mazo, 1941:IX).

La Reforma Universitaria de Del Mazo reactivaba una tradición consolidada aunque entonces un tanto languideciente, para revitalizarla a través de su mitificación. Ahora bien cabe preguntarse ¿Por qué el mito busca ser reactivado desde La Plata? ¿Qué sucedía en La Plata entonces y qué tradiciones culturales poseía esta ciudad como para convertirse en un elemento clave para la mitificación de la Reforma Universitaria?

En 1941 socialistas y radicales reformistas habían generado importantes espacios de reflexión sobre la realidad nacional, especialmente reclamando en el orden nacional el advenimiento de una democracia que garantizara el cumplimiento de los derechos políticos y civiles. La “década infame” había instituido un “Estado de excepción”, en el estricto sentido que le da Agamben a aquella forma legal de lo que no puede tener forma legal, apareciendo provisoriamente en el derecho para garantizar su continuidad desde la suspensión del orden jurídico hasta terminar entroncándose con formas paradigmáticas de gobiernos de hecho (Agamben, 2004). Para entonces y cuando ya el “Estado de excepción” resultaba cada vez menos aceptable en dirigentes que pugnaban por afianzar un sistema fundado en las formas políticas de la democracia representativa, una particular coyuntura hizo converger sus anhelos de cambio con los ideales del reformismo universitario. En efecto, en 1941, las autoridades de la Universidad Nacional de La Plata eran renovadas por libre decisión de su Asamblea de Profesores, siendo Alfredo Palacios electo como Presidente y Gabriel Del Mazo como Vicepresidente (Vallejo, 2007:406-412; Graciano, 2008:270-286).

La Universidad platense quedaba así en manos de dos figuras centrales de la esfera política nacional sobre la que ellos mismos buscaban incidir con sus reclamos para conseguir una verdadera salida democrática. Y a su vez eran activos militantes de gestas universitarias refrendadas por una reconocida tradición. En ese contexto, *La Reforma Universitaria* con la que Del Mazo buscó reforzar la mitificación de aquella tradición, tenía un sentido especial en La Plata. Allí entonces habría de abreviar el programa político que socialistas y radicales reformistas impulsarían en la Universidad fundada por Joaquín V. González. Vale decir, volviendo a la Universidad platense objeto de un programa orgánico capaz de gestar las alternativas políticas que demandaba la realidad nacional, Palacios y Del Mazo en definitiva estaban buscando hacer realidad los propósitos reformistas de irradiar su programa de acción más allá de los claustros. La Universidad de La Plata podía ser pensada por Palacios y Del Mazo como el punto de partida para la elaboración de un proyecto político y cultural, iluminado por la tradición reformista, que habría de ser trasladado a la esfera nacional cuando el socialismo y el radicalismo logran conducir los destinos nacionales, una vez obtenida la efectiva democratización.

Es que precisamente La Plata ya iba gestando distintas muestras de la vocación por gestar una dirigencia política que trascienda el ámbito universitario, irradiando la fuerte impronta latinoamericanista de la Reforma, que podía seguirse en recorridos personales de quienes, provenientes de otros países, retornaban tras pasar por los claustros platenses para

ejercer importantes funciones públicas. Serían ejemplos paradigmáticos Juan José Arévalo, primer Presidente democrático de Guatemala, Gala Plaza Lasso, Presidente del Ecuador y Luis Heyssen, Senador del Perú, donde por otra parte fue creado el APRA como un partido político derivado en gran medida de la agitación reformista iniciada en Argentina.

Sin embargo en Argentina esta directa vinculación entre la formación política universitaria dentro de la tradición reformista y el ejercicio del poder tuvo más dificultades para ser planteada de manera tan diáfana. Pero precisamente en 1941 y en un contexto general poco favorable Palacios y Del Mazo se encontraron de golpe en La Plata con la posibilidad de allanar el camino para consumir aquel objetivo extensional del reformismo. La Plata así, se situaba en una situación muy especial, tan favorable a la aplicación de aquello por lo que hacía tres lustros que pregonaban como quizás nunca lo había sido en ninguna otra casa de altos estudios argentina. Podía ser entendido como el capítulo final que faltaba agregar a la compilación de Del Mazo, el momento en el que los protagonistas de tantas gestas impulsadas para modificar la Universidad y la sociedad se encontraban ahora con una institución que quedaba a merced de sus ideales y a la vez era el punto de partida para el programa impulsado en el orden nacional.

Las vertientes reformistas de mayor base social confluían así en la gestión de Palacios para alimentar un firme intento de posicionar al reformismo en la política nacional desarrollando desde la Universidad un proyecto para el momento en que habría de producirse el reestablecimiento de la democracia plena. La Universidad debía ser el motor del cambio cultural propugnado y a la vez el sólido repositorio de recursos humanos y de conocimientos de esferas estratégicas del Estado argentino. Por medio de una integración de la ciencia a precisos lineamientos políticos, la Universidad podría posicionarse legítimamente como un espacio central de producción de conocimiento para impulsar la definitiva transformación de un país agrícola en una nación industrial. Así la Universidad de Palacios constituyó, en la década del `40, aquello que quizás terminó siendo la más ambiciosa utopía dirigida a gestar desde una institución académica un modelo político y cultural para el ejercicio del poder público nacional (Vallejo, 2007:406-412).

3. La ciudad letrada

Ahora bien, volviendo sobre la pregunta por las particularidades que poseía La Plata para que allí surgiera la enciclopedia destinada a mitificar la Reforma Universitaria, podemos

agregar algunos elementos más a los ya mencionados. Uno de ellos nos reconduce al título de este trabajo y tiene que ver con el carácter “letrado” de La Plata, esto es aquel rasgo que Rama destacó para pensar la ciudad como motor de la historia en Hispanoamérica (Rama, 1984). Y esa idea de “ciudad letrada” se refuerza en La Plata a partir de una creación *ex novo* de la generación del `80 que dejó en claro desde un principio la voluntad pedagógica de buscar neolamarkianamente que novedosas formas urbanas modelaran ambientalmente los comportamientos esperados en quienes al habitarlas debían internalizar la idea de ciudadanía moderna, mientras audaces iniciativas educacionales y científicas venían a completar esa verdadera apuesta civilizatoria (Vallejo, 2007). La Plata era así expresión y metáfora de la ciencia. Ya sea por traducir a las formas el lenguaje de los signos de la ilustración, tanto como por deslizar el *tropos* hacia la manifestación de una anhelada sociedad ideocrática regida por la razón.

La Plata fue, como busca reflejarlo el sello mayor de su Universidad a través de Atenea nacida de la cabeza de Zeus, un producto pleno de la inteligencia. Su plan fundacional, además de la extrema racionalidad cartesiana del trazado, comprendió el establecimiento de formas que debían establecer relaciones propias de un sistema republicano. Las casas poseerían no demasiada significación para que el poder público pudiera, por encima de ellas, resultar fácilmente legible y lograra que el ciudadano internalizara más fácilmente los valores que pretendía irradiar. Pero además de la construcción de la representación del poder a través del saber, el propio plan fundacional proveyó de suficientes materiales para estimular nuevos saberes. Es que en dicho plan intervinieron saberes profesionales que echaron raíces en la nueva ciudad donde pugnarían por crecientes reconocimientos corporativos y por su propia reproducción. Eran saberes demandados por el poder para garantizar la implementación de la positivista noción de orden: ya sea sobre el espacio a través de ingenieros, arquitectos y agrimensores, de tipo legal a través de abogados, de tipo sanitario a través de médicos o de índole productivo por medio de veterinarios y agrónomos. Saberes que pugnarán por insertarse en el poder a través de los objetos de conocimientos surgidos del plan fundacional y también por medio de su propia reproductividad. En torno a ellos se organizará la primera instancia de formación superior en La Plata: La Universidad provincial.

Pero el plan fundacional de La Plata alimentó su carácter “letrado” también a través de la inclusión de los tres pilares de la ciencia positiva: el Museo, el Observatorio y la Biblioteca. Y lo haría también a través de un verdadero *habitus* (Bourdieu, 1983:9-36), en tanto clima de

ideas conformado por la internalización de lo social y externalización de lo absorbido, que reprodujo en La Plata, desde su fundación y hasta cerca de la primera mitad del siglo XX, el papel central atribuido a una educación de carácter laicista y científicista. Figuras como Ameghino y Fors de Casamayor, alimentarán ese *habitus* desde sus propias teorías científicas y aún desde acciones connotadas por una fuerte voluntad de confrontación con conocimientos tradicionales, especialmente aquellos vinculados al dogma católico. Particularmente representativo de ello serán, por ejemplo, las “lecturas dominicales”, un programa de extensión de la cultura que Fors de Casamayor, siendo Director de la Biblioteca pública de La Plata, concibió para competir directamente con la misa, convocando al mismo público con una actividad netamente “racional”. Y si Ameghino era un habitual conferencista, aquella tribuna sirvió además para que Joaquín V. González anunciara su plan dirigido a hacer de La Plata la “cabeza intelectual” de la nación. La ciudad universitaria por antonomasia.

El carácter “letrado” de La Plata quedaba reforzado entonces cuando, sobre la base de los saberes profesionales y científicos ya instalados, y de un *habitus* laicista bien definido, sea creada la Universidad Nacional de La Plata en 1905. La integración de todos estos aspectos será entonces el rasgo saliente de un verdadero experimento educacional con características únicas en Argentina. La novedad radicaba en la convergencia de los distintos saberes en una única institución, pero también y fundamentalmente, en implementar el criterio propio de la “Escuela nueva” de impulsar la “educación progresiva” abarcando todas las instancias educativas. Para eso nació el Colegio Nacional con su respectivo Internado, que perseguía el propósito de formar la futura élite dirigente, seleccionando los “mejores jóvenes” a una edad temprana.

La “Universidad nueva”, tal la denominación que le gustó acuñar a Joaquín V. González para identificar a la institución desde el momento de trascender su inicial órbita provincial, tuvo en su Internado un verdadero sello del programa impulsado. Si de los Internados de las Universidades de Córdoba –San Carlos- y Buenos Aires –Montserrat- habían salido figuras activas en la etapa post revolucionaria y del de Concepción del Uruguay creado por Urquiza, aquellas que intervendrían en la realidad nacional después de Caseros, con el Internado de La Plata González buscaba gestar la dirigencia para el advenimiento de la democracia en Argentina. En efecto, para González, la UNLP representaba por sobre todas las cosas el punto de partida para la construcción de lo que llamó la “Universidad de la democracia”, idea reflejada en una institución que, por basarse en la enseñanza científica y experimental encuadrada en los lineamientos del positivismo spenceriano, se diferenciaba de

todos los antecedentes locales conocidos, articulándose a su vez con un proyecto político-académico que apuntaba a la formación de los cuadros dirigentes que necesitaba la democracia argentina que, recién entonces, comenzaba a avisorar la posible implementación del sufragio libre.

Recordemos que González, figura ya trascendente en el plano literario que además había desempeñado importantes funciones en su provincia natal,² ocupaba en la primera década del siglo XX un lugar protagónico dentro de la escena política nacional. Desde allí podía articular simultáneas líneas de acción, cuya complementariedad se relaciona con los propósitos perseguidos por el pensamiento republicano francés, que a fines del siglo XIX además de impulsar extensión de los alcances del sufragio promovió la reestructuración de los estudios secundarios y especialmente universitarios, en su preocupación por articular la igualdad democrática y la preponderancia de las capacidades intelectuales, o bien del número y la razón.

De este modo, en su búsqueda de legitimación de un régimen político severamente cuestionado tras la crisis del '90, la creación de la Universidad Nacional de La Plata, venía ser en González un correlato lógico de la primera Ley electoral del país que ideó en su desempeño al frente del Ministerio del Interior. Vale decir que la formación universitaria era el más adecuado complemento del sufragio, para un conspicuo liberal positivista convencido de la necesidad de preservar la superioridad intelectual de unos pocos, del avance de las masas en el proceso de democratización iniciado a fines del siglo XIX con la formación de las primeras organizaciones socialistas.

La misión de la “Universidad nueva” que Gonzalez fundaba en La Plata sería, entonces, la de preparar meritocráticamente y a través de una educación científica y experimental a aquellos dirigentes que habrían de oxigenar el sistema cuando éste ya no pudiera sostener el avance de la política de la democracia. Y para eso el Internado, entendido como una figura cultural asociada a nuevas experiencias pedagógicas tanto como a arraigadas tradiciones de disciplinamiento del joven, adquiriría particular preponderancia. El Internado vendría a ser la clave de la “educación para la democracia”, el medio a través del cual se lograba preparar a los universitarios en la internalización de la autoacción y los deberes ciudadanos. El Internado no tenía entonces límites físicos, ni rigideces explícitas en la

2. González fue Diputado Nacional por La Rioja y cumpliendo esas funciones redactó, en 1887, la Constitución de esa Provincia, que él mismo implementó en 1889 al ser ungido Gobernador.

organización: para Ernesto Nelson, responsable de la institución, los “frenos” inhibitorios del joven debían ser internos, no externos. El modelo era el *gentleman*, aquel refinado producto de la burguesía inglesa que retomaba de la educación aristocrática sus rasgos más salientes. Y si bien eran Oxford y Cambridge los ejemplos hacia donde apuntaba la mirada de González y Nelson, también existieron otras importantes sugerencias recogidas del sistema preparatorio para acceder a esas universidades en la Inglaterra victoriana a través de las *Public Schools* y luego de las *New Schools*.

El Internado como forma de disciplinar al futuro universitario, se articuló con el normalismo de Víctor Mercante y también recogió de la influencia inglesa diversos rasgos dirigidos a afianzar la idea de comunidad, con valores y blasones aristocráticos que reforzaban una identidad propia. La misma denominación de la institución, ULPI, conformada por sus iniciales ordenadas siguiendo la sintaxis inglesa (Universidad de La Plata Internado), derivó en el calificativo de “ulpianos” que llevaron los internos. Y para reforzar esa identidad, la práctica de deportes permitió valerse de banderas y uniformes operaban como factores diferenciadores de sus contrincantes, enfatizando a la vez la pertenencia a valores comunes. La idea *fair play* fue paralela así a la educación científica, que González impartía en una Universidad que poseía uno de los principales Museos del mundo, el principal Observatorio astronómico de Argentina y también otras novedades como lo eran campos de juego para la práctica del fútbol y el rugby iluminados artificialmente y una piscina de amplias dimensiones.

La extrema racionalidad del proyecto educativo de González, implicaba entonces modelar los futuros dirigentes, acostumbrándolos a convivir desde muy jóvenes con los principios republicanos. De ahí que en La Plata no hubiera Rector sino Presidente, y los ulpianos ejercieran permanentemente responsabilidades diversas por la delegación de funciones efectuadas a través del voto de los compañeros. La Universidad debía ser entendida así como una República en miniatura y en ella se inculcaba el valor de una evolución gradual de las cosas que se buscaba, evitando la emergencia del intelectual crítico. Aplicando para ello el precepto sociodarwiniano de impedir la revolución, a través de una evolución gradual, que en el plano político equivalía a sostener que orden conservador que había guiado los destinos de desde la organización nacional, encontrara en La Plata un medio para revitalizarse a través de la nueva élite formada disciplinadamente. Una élite llamada a impedir los desbordes revolucionarios y conducir sagazmente el advenimiento de la política de la democracia de un modo que no conmoviera la continuidad del orden conservador.

El *habitus* liberal y laicista de La Plata se vio claramente favorecido por la aplicación de un modelo pedagógico de extrema racionalidad. Quizás el más original en la historia de las instituciones educativas argentinas. Frente a lo que La Plata pasó a representar en el orden nacional, surgieron los principales cuestionamientos desde aquella otra estructura de poder que buscaba el disciplinamiento, aunque no a través de la razón sino desde la fe. Por demás ilustrativo será un verdadero panfleto antiliberal del militante católico Juan Díaz Salazar, aparecido en la *Revista de Filosofía* en 1918:

“ya estamos cansados de oír citar como autoridad en materia educacional al doctor Joaquín V. González, cuyo mérito principal ha consistido en inventar ese organismo sin funciones que se llama Universidad de La Plata, y rodeándose allí, para que le den bombo, de todos los corifeos liberales del país. Allí fue vicepresidente Agustín Álvarez, el jefe de la masonería, y secretario Del Valle Iberlucea, el Senador socialista. Allí han sido decanos Piñero, Rivarola, Matienzo, Mercante, Besio Moreno, todos liberales; allí han sido profesores Holmberg, Lugones, Ferreira, Senet, Rojas, Nelson, Ingenieros, Herrero Ducloux, Herrera, Chiabra y tantos otros enemigos declarados de la Iglesia, científicos los unos, teósofos los otros y normalistas los demás. Esa es una institución peligrosa para la moral y el orden” (Vallejo, 2007:311).

4. Prometeanos platenses

En La Plata, en tanto “ciudad letrada”, resultaba lógico que se gestara el modelo universitario de mayor racionalidad ideado en la Argentina del siglo XX.

Lo que sí no era tan lógico es el resultado que tendría ese modelo una vez que González culminara su último mandato en 1918, en coincidencia con las primeras manifestaciones que desde Córdoba llegaban acerca de los reclamos del movimiento estudiantil.

En efecto, la Reforma Universitaria halló en La Plata a una institución moderna, bastante más *aggiornada* que las de Córdoba y Buenos Aires, donde el movimiento desplegó su accionar en 1918 y 1919. Si el estallido en Córdoba estuvo signado por la reacción estudiantil contra el modelo monacal que la Iglesia había sostenido con pocas variantes desde la creación de aquella Universidad en el siglo XVII, el escenario en La Plata no podía ser más contrastante. Se trataba de una Universidad tan liberal y científica que motivaba expresos

recelos de la militancia católica argentina. Pero no por esto estaba exenta de situaciones injustas que avivaban el espíritu heroico de los jóvenes del `18.

La Reforma Universitaria identificó su principal blanco en los Internados, cuestionándolos por su carácter elitista, que no se compadecía con la igualdad y ampliación de las oportunidades para el acceso a la educación reclamada desde el movimiento estudiantil. Era una clara demostración del espíritu de democratización que inspiraba al movimiento con evidentes paradojas en la institución creada por González. Entre los líderes del movimiento reformista platense se hallaban Orfila Reynal, Guillermo Korn, Sánchez Viamonte y Julio V. González, todos ellos protagonistas de la experiencia “ulpiana” del Internado del que ahora reclamaban por su cierre. Un detalle no menor radicaba en el hecho de que Julio V. González fuera el hijo del fundador de la UNLP y de ULPI.

Vale decir que aquellos jóvenes disciplinados y formados para conducir la evolución gradual de los acontecimientos conteniendo los brotes revolucionarios, prohijaban el estallido en La Plata y más aún pugnaban –como era el caso de Julio V. González- por hacer del mismo más que una Reforma, una Revolución Universitaria.

El Internado finalmente fue clausurado en 1920, residiendo allí la primera victoria de los reformistas en La Plata. En su reemplazo, fue montada la Casa del Estudiante, una institución dirigida por Saúl Taborda que adoptó para su funcionamiento el ejemplo de la Residencia de Madrid, verdadero centro de reconocimiento internacional para el desarrollo de diversas experiencias artísticas por el que pasaron Juan Gris, Pablo Picasso, Salvador Dalí y Juan Ramón Jiménez y Luis Buñuel, entre otros. La experiencia igualmente fue muy efímera, y la radicalidad del programa de Taborda motivó su exoneración de la UNLP en lo que fue una clara muestra del reacomodamiento de sectores que nada tenían que ver con la Reforma.

En esta lógica de avances y retrocesos, los reformistas sí vivieron como una victoria la salida de Víctor Mercante y la reorientación que se le dio a la Facultad de Ciencias de la Educación que aquel comandaba, para adosarle la denominación de Humanidades que encerraba todo una inequívoca señal.

Igualmente en la práctica política, los reformistas platenses hallarían muchas más decepciones. Sus logros se transferían a un plano de las ideas, pero no completamente abstracto sino de ideas que demandaban consiguientes actos que quedaban latentes hasta hallar el momento de ser materializadas.

Los reformistas platenses se nuclearon principalmente en torno a las revistas literarias *Valoraciones* y *Sagitario*, que crearon en 1923 y 1925. Estos fueron los principales espacios culturales platenses encargados de atacar abiertamente la “vieja generación”, a partir de la recurrente apelación a la teoría generacional orteguiana diferenciadora de etapas “cumulativas” -en las que los “viejos” dirigen y “los jóvenes se supeditan a ellos”- y “eliminadoras” -donde los “viejos” son “barridos por los jóvenes”- como la que, para los reformistas, era la que les tocaba vivir. El idealismo que impregnó sus páginas, identificó a los valores caducos de la sociedad burguesa, donde se hallaban los principales frentes de batalla, en la cultura “calibanesca” del imperialismo anglosajón por un lado, y en la formación profesionalista y cientificista fundada en el positivismo comtiano y spenceriano por el otro (Vallejo, 1999).

La irrupción prometeana de la nueva generación ante la mesa de los prohombres que encarnaban los valores de la historia y la tradición, fue representada a través de *Sagitario*, un efebo, munido de su carcax y a punto de lanzar una flecha desde su arco, que pasó a ilustrar la portada de la revista que precisamente llevó ese nombre: “Era el hombre de la nueva generación que aparecía en el escenario de América Latina. En actitud resuelta, se allegó a la mesa donde producían su interminable debate los prohombres y dijo con fuerte voz:

-Vosotros ya nada tenéis para decir. Habéis hablado bastante. A vuestro alrededor se han trabado luchas que no sabréis comprender, conflictos que no podréis resolver, disputas que no alcanzaréis a dirimir. [...] La vida ha tomado un sentido que vuestras disciplinas científicas no podrán interpretar [...]. Idos, pues, antes que os devore la esfinge con la primera pregunta. El científico exigió hechos; el filósofo ensayó un ‘porqué’; el profesor balbuceó una vieja máxima; el poeta reconoció a ‘El Esperado’; el político aplaudió sin comprender. Pero todos concluyeron por desvanecerse como una ronda de espectros. El efebo despejó la mesa de infolios y pergaminos, saltó sobre ella, y quebrando hacia atrás el cuerpo para vencer la pesantez del arco, hubo de lanzar su primer dardo contra las estrellas” (Amaya, González y Sánchez Viamonte, 1925:5-6).

Aquella generación de jóvenes prometeanos, conformarían más tarde el staff de colaboradores principales de Alfredo Palacios en su gestión iniciada en 1941 al frente de la UNLP. La presidencia de Palacios en la UNLP aparecía también para Julio V. González, Sánchez Viamonte, Orfila Reynal y Guillermo Korn como el momento en el que aquellas

ideas retiradas de la acción por contextos desfavorables, podían ser efectivamente materializadas.

Vale decir que en La Plata, en tanto “ciudad letrada”, fueron gestados durante la primera mitad del siglo XX dos modelos universitarios concebidos para incidir a través de ellos en el orden político nacional. Eran modelos divergentes y a la vez coincidían en situar a la democracia como fin último de sus propósitos. Aún cuando en un caso se tratara de una “democracia capacitaria”, con marcado sesgo elitista y en otra de una “democracia social” aunque con algunas indefiniciones.

Y si en el primer caso, el Yrigoyenismo y la Reforma Universitaria fueron situaciones que desbordaron toda la racionalidad cartesiana con la que González pensó la Universidad y el advenimiento de la democracia; en el caso de Palacios y Del Mazo, la salida democrática por la que propugnaron no terminó dando protagonismo a la Universidad, como ellos esperaban, sino que condujo a la irrupción del peronismo y a una diáspora reformista interrumpida a fines de la década de 1950.

Más allá de una historia cargada de éxitos y fracasos, Reforma llega hasta hoy para seguir siendo tematizada desde distintos ángulos. La idea de que el joven con una formación académica integral, heroico y desinteresado, puede irrumpir en los claustros y en la escena política para cambiar el *status quo*, el sentido de justicia social, la lucha por derechos igualitarios, la denuncia de cualquier forma que asuma dentro o fuera de la Universidad la oligarquía, el nepotismo, la opresión, y el afán por la integración latinoamericana, son algunos aspectos de aquella tradición que aún reclama que el mito no oculte su verdadera esencia.

5. Bibliografía

Agamben, Giorgio (2004): *Estado de excepción*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.

Carlos Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte (1925): “Las flechas del carcax”, *Sagitario* N° 1, La Plata, 1925, p.5-6.

Hannah, Arendt (1998): *La condición humana*, Paidós, Barcelona.

Biagini, Hugo (1999): “Juvenilismo y reformismo”, *Espacios de crítica y producción (Facultad de Filosofía y Letras-UBA)* N° 24, Buenos Aires, p.9-20.

Biagini, Hugo (2000): *Utopías juveniles. De la bohemia al Che*, Leviatán, Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre (1983): *Campo del poder y campo intelectual*, Gandhi, Buenos Aires.

Del Mazo, Gabriel (1941): *La Reforma Universitaria, T.1 El Movimiento argentino (1918-1940)*, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata.

Funes, Patricia y Caldelari, María (1996): “*La Reforma Universitaria (1918-1930). Algunas proposiciones*”, Taller N°2, Buenos Aires, pp.87-100.

Graciano, Osvaldo (2008): *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*, UNQ, Bernal.

Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo.

Vallejo, Gustavo (1999) “Las flechas de la Reforma”, en *Espacios de crítica y producción* (Facultad de Filosofía y Letras-UBA) N°24, Buenos Aires, pp.49-54

Vallejo, Gustavo (2007): *Escenarios de la cultura científica argentina (Ciudad y Universidad, 1882-1955)*, CSIC, Madrid